

LA REFORMA UNIVERSITARIA

Por el Académico DR. HORACIO SANGUINETTI

SETENTA AÑOS

Hace setenta años, los hombres libres de Sudamérica se conmovieron al llamado de la juventud universitaria cordobesa.

Era un enorme reclamo por la libertad, la racionalidad, la ciencia, la generosidad.

Los jóvenes reformistas fueron construyendo, sobre el gesto rebelde del inicio, toda una arquitectura conceptual que entroncó, muy rápido, lo pedagógico con lo político, lo reglamentario con lo social. Desde entonces, y salvo eclipses momentáneos, la claridad de la Reforma ilumina la conciencia intelectual americana, y por recónditos conductos, ha trascendido a Europa.

En 1918 los estudiantes ordenaron un repertorio instrumental que juzgaban adecuado para concretar principios: autonomía, co-gobierno tripartito, libertad de cátedra y docencia paralela, periodicidad, agremiación obligatoria, gratuidad, extensión y orientación social universitaria. La mayor parte de él ha sido generalmente aceptado, aun por los adversarios. Cimenta, ahora, el acuerdo básico sobre las reglas del juego. Hasta el general Perón, a quien no podría calificarse como un reformista ortodoxo, concluyó por admitir que "con todas las imperfecciones y contramarchas que se quiera, lo cierto es que los postulados de la Reforma Universitaria encierran una

adulta concepción de lo que requiere una sociedad moderna”.

El tiempo, con su lenta arenilla, ha erosionado mesianismos, ha enseñado con la crueldad de tantas circunstancias y ha decantado las ideas.

Pero la raíz sigue viva. Más de lo que a varios les gustaría. No hace mucho, un ministro “de facto” pregonó la caducidad de la Reforma. Anunciar que la Reforma ha caducado es como decir que está agotado Mayo. Desde luego, hoy no interesa la “ordenanza de decanos” de 1917, como tampoco, rebatir al obispo Lué en el cabildo abierto.

Mas sí interesan, en común, el viento arrasador de la justicia, el sagrado espíritu de la libertad. Podemos, de cualquier modo, impugnar cuestiones adjetivas, el artículo este del reglamento aquel. Pero la Reforma, septuagenaria, no se apea de su ideario profundo —a veces, todavía aspiración incumplida—, intacto y fresco aunque les pese a tantas gentes de mala voluntad.

Hoy como nunca, reivindicamos el mensaje del 18: la libertad, el derecho a discrepar civilizadamente, la participación, la excelencia. Mensaje de ardorosa firmeza, de meduloso sentimiento, de razón apasionada.

En aquel punto quiero detenerme: la excelencia. Y destacar la de los hombres que hicieron la Reforma.

Su conducta, sí, pero también su saber. La acción sí, pero también el pensamiento, la inferencia fecunda, el triunfo de la inteligencia. El país fue injusto con ellos. Los condenó al exilio interior y al olvido planificado. Aun esperan su reconocimiento. Por eso hoy todos queremos nombrarlos.

Nombrar a Deodoro Roca, el más grande escritor argentino de este siglo, verbo de la Reforma, *magnífico* a la manera renacentista, que siempre hizo, al margen de partidos, “una intensa y riesgosa vida pública”.

Y nombrar a Enrique Barros, que extremó su servicio hasta casi dar la vida, su cráneo hundido por el cachiporrazo de un fanático, a favor de quien terció en los estrados judiciales, en un gesto conmovedor de verdadera ética cristiana. Y nombrar a Saúl Taborda, el pedagogo y filósofo de hondura.

Y nombrar a Emilio Biagosch, que no dejó escritos, ni ocupó cargos públicos, pero cuya obra —anónima como

una catedral del medioevo—, es la propia Reforma y cuyos herederos son tantos jóvenes que quizá ignoran su deuda para con él.

Y nombrar a Carlos Sánchez Viamonte y a Julio V. González, vidas que admiten un paralelo clásico: juristas, oradores, polemistas temibles, que provenían de familias patricias pero se colocaron voluntariamente en la rompiente de la ola, en la encrucijada más dura de la política de su tiempo y sobrellevaron el rigor con que se castigó su conciencia profética.

Y más acá, cómo omitir, entre los gestores de la Universidad autónoma, a José Luis Romero, Risieri Frondizi, José Babini, Jorge Orgaz, Vicente Fatone...

La eminencia de estos hombres —entre otros— compromete a todos los reformistas a un esfuerzo máximo, con sus costados cívicos y sociales, pero además, con el ingenio, el estudio, el talento en ejercicio.

No basta la pura acción. La sola y desnuda militancia no sirve, es agitación babélica, intrascendente. Los reformistas tenemos además el deber de pensar.

Porque finalmente no olvidamos que la Reforma fue una batalla contra el tirano, contra el injusto, contra el mediocre, contra el ignorante rentado y contra el inválido en su hospicio intelectual. Una batalla por la Verdad, la Belleza y el Bien.

Así se logró que el grano de pimienta hoy sea árbol, umbrío, poblado de flores, de frutos y de nidos.